

feras de la modernidad cultural no es sino el de su virtual interacción, la efectividad de una sobre otra, una efectividad por lo demás socialmente harto ambigua. Por esta razón, tal vez no sólo haya que pensar los momentos de la racionalidad artística «sobre el fondo de contexto social», como quiere Jimenez, sino también, para parafrasear al autor, «sobre el fondo del contexto epistemológico».

Jimenez, no obstante, ofrece una rigurosa panorámica crítica de los actuales posicionamientos teórico-estéticos, que convierte a *La critique* en punto de referencia obligado para la discusión estética. Tal vez en esta ocasión haya alguna oportunidad para que el lector en lengua castellana pueda tener acceso a la misma.

Vicente GÓMEZ

RÁBADE OBRADO, A. I.: *Conciencia y dolor*. Schopenhauer y la crisis de la Modernidad. Editorial Trotta, Madrid, 1995, págs. 241.

La obra que nos ocupa intenta, y consigue, proporcionar al lector un acercamiento detallado y riguroso al tratamiento que Schopenhauer da al concepto de sujeto. Es de destacar, ante todo, la minuciosidad con que se realiza la lectura de los textos schopenhauerianos. Esto da lugar al trazado de un mapa que recorre paso a paso la obra más importante en que se refleja la teoría de dicho autor.

La hipótesis que sirve de hilo conductor a la Dra. Rábade consiste en que respecto al tema del sujeto, como tema filosófico importante en la filosofía moderna, Schopenhauer contribuye positivamente, con su tratamiento del mismo: el sujeto en él ya no es un mero sujeto cognoscente, sino, ante todo, un sujeto volente. La ampliación de los límites del terrorismo subjetual más allá de la capacidad de conocimiento se basa —y éste es el punto central de la hipótesis arriba mencionada— en la ampliación de dicha función cognoscitiva a través de la incorporación del sujeto desde una perspectiva no cognoscitiva, sino, como veremos más adelante, volente.

Desde aquí, la obra se muestra como un serio desarrollo de dicha hipótesis. Dado que a Schopenhauer se le ha concedido importancia sobre todo respecto de su tratamiento de la voluntad, es meritorio en este estudio el rastreo de las líneas básicas que permiten el desarrollo «voluntarista» en Schopenhauer. Estas líneas fundamentales no han sido suficientemente destacadas y se ha soslayado la «sistematicidad» de este autor, según la Dra. Rábade.

El texto que analizaremos a continuación, no desarrolla exhaustivamente el sujeto volente ni tampoco la negación de la subjetividad en Schopenhauer (tanto en su actividad cognoscitiva como en su querer —contemplación estética y voluntad de nada—), pero no es ese su propósito, tal y como confiesa la propia autora («Si bien nuestra investigación pretende poner las bases para el desarrollo de este programa, no puede abarcarlo, obviamente, en su totalidad. A partir de este momento, nos vamos a restringir al análisis del conocimiento «como afirmación de la Voluntad, que constituye, en definitiva, el objeto inmediato de nuestro trabajo», pág. 89). Sin embargo, esperamos que la autora nos regale con una obra en que retomase como inmediato también dicho objetivo.

El objetivo inmediato de la Dra. Rábada consiste en analizar la originalidad

de Schopenhauer en el tratamiento de la conciencia respecto de los filósofos anteriores a él. Esta originalidad se destacará acotando el tema y partiendo del punto de vista de la conciencia como sujeto cognoscente para resaltar los puntos en que el autor se desmarca claramente de la ortodoxia kantiana y se atreve a analizar la conciencia desde un punto de vista diferente que complete éste. De este modo, la Dra. Rábade asume como propio el método schopenhaueriano según el cual deben adoptarse distintas perspectivas para aclarar el tema estudiado, en este caso, el conocimiento como fenómeno («Erscheinung») o manifestación de la realidad a una conciencia. Las dos perspectivas adoptadas, que se completarán mutuamente y darán paso a una teoría global (o «metafísica») se corresponden con los movimientos filosóficos que enmarcan al autor, según lo afirma el propio Schopenhauer, a saber:

1. En primer lugar una perspectiva trascendental, que lo sitúa en un idealismo crítico y mediante la cual Schopenhauer estudia la conciencia desde una perspectiva subjetiva, como sujeto que conoce, del conocimiento y por lo tanto a través del estudio de las estructuras subjetivas que posibilitan el conocimiento.

2. A su vez, el mismo tema será investigado adoptando un punto de vista «objetivo», natural, fisiológico del conocimiento, lo que le hace deudor del romanticismo, y que le lleva a una ampliación de la conciencia a través de su lectura como función de un cuerpo (de un cerebro).

3. Por fin, Schopenhauer, y con él la Dra. Rábade, pondrá énfasis en la realización de una tercera vía de investigación del tema de la conciencia. A partir de la perspectiva del conocimiento como fenómeno cuya explicación está fuera de él, se entiende a éste como un instrumento necesario para satisfacer los intereses de la Voluntad que se convertirá así en el sustrato metafísico de la representación.

La conclusión de este estudio centra en el cuerpo, es decir, en el individuo como «cuerpo que conoce y quiere» la adquisición filosófica que coloca a Schopenhauer en su justo lugar: es decir, en la filosofía de la conciencia que amplía los límites de la misma dando lugar a una conciencia corporalmente vivida.

El desarrollo de las perspectivas citadas es precedido por el análisis del conocimiento en general que Schopenhauer realiza a través de la afirmación de que la dualidad sujeto y objeto y la exigencia de legalidad, como carácter relacional, son sus condiciones necesarias.

Respecto a la exposición de la perspectiva trascendental es de destacar como su principal mérito el poner de manifiesto continuamente la separación de este autor respecto de Kant en referencia clara a distintos puntos de su gnoseología. Los más destacados son los siguientes: en primer lugar, el diferente status concedido a la sensación como primer paso objetivamente en la función cognoscitiva ya que el origen del conocimiento se sitúa en los datos proporcionados por la misma que no traspasan la subjetividad; de esta manera se evita el problema de la realidad como causa de las sensaciones. En segundo lugar, el diferente tratamiento del entendimiento que es definido como conocimiento intuitivo y no conceptual. De esta manera Schopenhauer evita el escollo del esquematismo trascendental kantiano: el nivel intelectual como conocimiento de objetos u objetivo no es un nivel conceptual sino intuitivo, por lo tanto el nivel conceptual anuncia una realidad cognoscitiva diferente del conocimiento objetivo, que será caracterizado como saber, reflexión, pensamiento y que caracterizará como algo específico al sujeto hu-

mano, frente a cualquier otro sujeto cognoscente. Este último nivel es el de la razón que será definida como la facultad que elabora los conceptos y los utiliza con fines exclusivamente instrumentales. Por fin, la Dra. Rábada subraya que esos fines son «queridos» por el sujeto, y sólo se pueden conocer a partir de las acciones corporales, o actos del sujeto. En este sentido la autora del libro que comentamos pone de manifiesto que el final de la perspectiva trascendental topa con el cuerpo, con la materialidad y por tanto, evidencia la dificultad de soslayar la contradicción que esto supone en un análisis de la formalidad del sujeto, ya que el sujeto cognoscente se ha definido como el sujeto que conoce y que es incognoscible como tal.

Esta deficiencia es subsanada en Schopenhauer adoptando el punto de vista «objetivo» en su tratamiento del conocimiento. Este consiste en el análisis del conocimiento como resultado de un proceso fisiológico y como tal proceso a la vez. Desde este punto de vista el cuerpo se sitúa como condición objetiva: proporciona los datos materiales donde se aplicarán las formas a priori (espacio, tiempo y causalidad) y además proporciona una cierta predisposición a la aplicación correcta a través de un aprendizaje sobre el cuerpo a lo largo del tiempo. Por lo tanto, el conocimiento es entendido como el producto de una actividad cerebral y las formas «a priori» como estructuras cerebrales cuya función natural desencadena el proceso que lleva a él. Con esto se evidencia que el conocimiento es el resultado de la actividad de un cuerpo, por todo ello, la Dra. Rábada concluye que «si desde la perspectiva subjetiva, trascendental, el conocimiento se presentaba como el producto del mundo de la experiencia, desde la perspectiva objetiva aparece, en cambio, como un producto del propio mundo» (pág. 205).

La unión de ambas perspectivas se lleva a cabo preguntando por el sentido del fenómeno cognoscitivo, y contestando que el conocimiento es la manifestación de un cuerpo que a su vez es la manifestación de una voluntad, ya que a través de dicho conocimiento ese cuerpo llega a la consecución de sus intereses. Se descubre, según la autora, la voluntad como sustrato metafísico del conocimiento a través de la realidad corporal.

Tanto la conciencia objetiva, sujeto cognoscente, como la conciencia subjetiva, sujeto volente, lo son de un individuo, o lo que es lo mismo conciencia de un cuerpo, con lo que la filosofía de Schopenhauer sigue una filosofía moderna por serlo de la conciencia pero ampliando los límites de la misma al ampliar sus contenidos.

Es de destacar, por fin, el especial interés que tiene esta obra por lo que respecta a las pautas que proporciona para interpretar sus contenidos como base especialmente útil para reflexionar sobre el carácter existencial de la filosofía de este autor. Si el conocimiento es útil para una voluntad que se caracteriza por querer vivir, y necesariamente es un conocimiento de la muerte, o del límite de la vida, el individuo que conoce «siente» (en el doble sentido de sensación y sentimiento) con dolor su querencia. Y este hecho, según la Dra. Rábada es el claro exponente de la vertiente existencial del sujeto, tal y como es tratado en Schopenhauer. Este carácter existencial sólo puede culminar en una ética, que Schopenhauer detalla en otro lugar de su obra. Desde aquí emplazamos a la Dra. Rábada para que realice un análisis de la misma con idéntico detalle a tan alto nivel como el demostrado en la obra objeto de la presente reflexión.